LAS MANOS DE MAMÁ

A mis hermanos

Mu-Bana-ci ra Macî Reyé
Busá Nará Mapu Be-Cabe
Jipi Cureko Neje Sináa.[4]

[4] Hai-kai tarahumara: (Tu cara de luz, madre, despierta y llora, como antes, hoy cuando yo te grito.)

Así era…

Esbelta como las flores de la sierra cuando danzan mecidas por el viento.

Su perfume se aspira junto a los madroños vírgenes, allá donde la luz se abre entera.

Su forma se percibe a la caída del sol en la falda de la montaña.

Era como las flores de maíz no cortadas y en el mismo instante en que las besa el sol.

Un himno, un amanecer toda Ella era. Los trigales se reflejaban en sus ojos, cuando sus manos, en el trabajo, se apretaban sobre las espigas doradas y formaban ramilletes que se volvían tortillas húmedas de lágrimas.

Cuando la busqué allá donde la vida se le ofreció deshecha por los estragos de los rifles

La calle la veo más angosta, más corta, más triste; faltan las sombras de sus cuerpos y las pisadas rítmicas de los caballos.

La tierra es roja, las banquetas desdentadas, los focos cabezas de cerillo.

A las puertas asoma la gente; son las mismas; no necesito cerrar los ojos para imaginarlo.

Ando en la tierra, mis manos rojas, roja mi cara, y el Sol, y mi calle; todo rojo como el panorama de los niños.

Yo era niña y Mamá estaba en el postigo llamándome.

Juego. ¿Dónde están mis compañeros? Voy por el viento, me ondulo, grito, abro la boca, mezo mis piernas; oigo que me grita Ella, asomada al postigo de la puerta gris: sus cabellos negros, sus ojos dorados, que en la mañana eran amarillos y verdes, indecisos a las tres de la tarde; después, como por magia, se le volvían de oro. En ese momento los tenía verdes, vistos desde los rieles del tranvía; más cerca danzaban los puntos cafés, amarillos, grises; su piel ocre, su boca dibujada con un ligero respinguito en el lado izquierdo. Salió otro grito, y otro, para su hija que luchaba, envuelta en la tierra, con sus panoramas rojos y llegaba hasta Usted con el gesto respetuoso de quien está frente a su ídolo.

Su grito se perdió para hacer que yo viera que tenía vestido largo, chapas postizas, y no existía relación entre esta cara y aquélla, roja de sol. Además, Usted no estaba en el postigo. Si lo hubiera preguntado, las bondadosas personas de la calle Segunda del Rayo me habrían dicho: "Salió seguida por sus pequeños hijos, pasó por el puente de piedra hasta llegar junto al tren. Se fue... No volverá más. Pero Ella está allí, por eso tú has venido a buscarla..."

Y estaba allí, la vieron mis ojos, mis ojos míos de niña. Usted hizo el milagro y fui derecho: corriendo. Era yo niña. Usted me quería así. Me arrimé al postigo. Ella no está; crujieron las maderas, y yo, hecha mujer, vestida de blanco y sin rimel en los ojos, grité sobre la puerta: "¡Mamá, Mamá, Mamá!"

Lector, llena tu corazón del respeto mío: Ella esta aquí

Nació en la sierra. Creció junto a los madroños vírgenes, oyendo relatos fantásticos. Sus antepasados fueron hombres guerreros que habían peleado sin tregua con los bárbaros para defender sus vidas y sus llanuras. Así como jareaban un piel roja, así ponían flechas en el corazón de las fieras salvajes. Manejaban sus hondas, sus arcos, para defender su vida desde los torreones que protegían sus casas.

Así pasaron frente a los ojos de Ella escenas salvajes: "Los bárbaros habían hecho, habían, habían..." –decía la leyenda–. ¿Cuántas cabelleras de aquellos pueblos –hermosas cabelleras largas– habían sido arrancadas para adornar la cintura de aquellos indios a quienes llamaban bárbaros? Las hondas se abrían gallardas a la luz del Sol, los arcos pandeaban su fuerza para vomitar flechas ligeras y mortales. Los cantos y danzas de guerra, las heroicas defensas, las mujeres hermosas, las hogueras brillantes –símbolo de la vida de esta gente–, los odios feudales: todo esto y más le fue relatado. En sus ojos se grabaron las visiones exactas, su corazón se forjó así; nadie podría empequeñecerlo, como nadie puede quebrar un amanecer.

Las encinas, los madroños dorados hicieron el milagro de que Ella naciera allí. Era como son las mujeres cuando todo se doblega a su paso, no de belleza de virgen y facciones inmaculadas: fue la naturaleza misma.

Su padre: un hombre alto, de pelo recortado hasta el cuello, de ancha capa, tehuas en los pies y mirada de ojos exactos: en su juventud le habían jareado la espalda unos guerreros comanches. De un revés tumbaba a un hombre; vendió una casa por un atado de macuchi y una botella de sotol. Dormía sentado en medio del patio. Al despertar cantaba alabanzas para dar gracias a la aurora. Se murió una mañana, cuando los rifles y ametra-



Mamá, Mamá, Mamá. . .

lladoras vinieron a despertarlo. Dicen que dijo: "Me muero por no poder pelear."

"Bendito Jehová, mi roca, que enseña mis manos a la batalla, y mis dedos a la guerra", decía en sus cantos de hombre, en las mañanas perfumadas con el olor de las matas silvestres.

"¡Oh! Dios, a ti cantaré, a ti cantaré canción nueva con salterio, con decacordio, cantaré a ti... Bienaventurado el pueblo que tiene esto: Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Jehová."

Cantos de papá.

"Papá Grande", dijeron. Papá Grande, digo y diré.

Lo admiro porque llevaba con él la belleza de las sierras y porque simplificaba el misterio de la vida cantándole a la aurora. No me lo imagino con pechera blanca ni solapas negras, decoración de los hombres estampada en los cuadros de familia. Lo quiero árbol sin flores, con sus grandes brazos abiertos, saludando a la vida. Bajo su sombra pienso en Papá Grande. Él está allí, lo cantan las hojas, lo grita el viento en mis oídos. Me hallo en mi abuelo: él amaba los ríos y las grandes llanuras. Se llevó en sus ojos los panoramas de la naturaleza y se salvó de la elegancia de las tertulias caseras.

Oh, Papá, cuando lo recuerdo, me siento junto, muy junto a usted. Cada día sus consejos y palabras resuelven mis insignificantes problemas. Usted conocía la verdad de todos los rincones del alma de sus gentes. Su alegría en los ojos revelaba sus relaciones con el alba, los ríos y las huertas.

Usted no admitía que les pegaran a los niños. Cuánto nos defendió cuando nos poníamos bajo los pliegues de su capa y usted, con el bastón moviéndolo en el aire, no dejaba que nadie nos tocara. Luego nos regalaba duraznos color de rosa.

¡Su rebeldía ante la opresión, su disgusto cuando alguien no obedecía las leyes de la naturaleza! Su aprobación al ver que su hija predilecta –Ella– aceptaba como mandamientos los dictados de su corazón. Cuántas veces levantó su voz para defenderla. ¿Qué hacía? Trepar a un árbol, montar caballos, cantar, reír, jugar como una venadita a quien le dan recreo, y así siempre. Dejar que Ella hiciera las cosas cuando quería, sin opresiones

nefastas; el contacto de la naturaleza en su propia naturaleza hicieron de ella lo que siempre fue: una flor.

Papá, cuánto lo quiero y su compañía me es tan necesaria; a donde yo vaya va conmigo su retrato. Consulto su cara, le hablo y le pido su consejo. Usted rezaba directamente al cielo y le pedía a Dios y a San Miguel, y yo también les hablo y les digo con sus mismas palabras cómo usted desea que nos protejan. Sé que usted me oye y sé que nadie se atreverá a hacernos daño. Esta y mil palabras más le diría, pero la gente que anima el mundo donde vivimos imagina que son locuras el buscar la sonrisa de un Papá Grande muerto. Prefieren la sonrisa de hombres y mujeres desconocidos, y no precisamente una sonrisa de alivio espiritual; no, buscan las sonrisas para satisfacer pasiones de tipo social, ficticio, lo que usted tanto evitaba.

De todas maneras, papá, no se olvide de permanecer siempre con nosotros y de darnos su bendición.

Usted y él

El amor.

Los ojos de él no habían llegado.

Los quince años invaden sus ojos y su cuerpo.

Ella no lo conoce.

El seguía sin aparecer.

¿Que robó sin saberlo el corazón de aquellos que osaron creerse cerca de su vida? ¿Que esos hombres se malograron? ¿Que se partieron aquellas vidas? La naturaleza siempre fue inocente. ¿Tienen acaso culpa los cerros de ser altos y hermosos?, ¿y el agua en los arroyos de la sierra?, ¿y los árboles, y las flores?

Mandaba la tradición a las mujeres no casarse con desconocidos o extranjeros.

Al recibir cartas y homenajes de aquellos que la admiraban y le rendían, siempre las entregó a su padre y sus hermanos. Nunca mintió a su gente; no tenía secretos para ellos: eran sus mejores amigos.

Como los arroyos de la sierra, era limpia, íntegra, cristalina.

Cuando él apareció, sus manos se extendieron hasta tocarle en los hombros.

Amor de Ella

Brotó nuestra vida. Nos sonreía Ella como lo hacen las madres cuando son de sus hijos.

Nos daba sus canciones; sus pies bordaban pasos de danza para nosotros. Toda su belleza y su juventud nos la entregó.

Era esbelta, fina, ágil; sus ojos, vivos y claros, se grabaron en nuestro corazón. Movía sus brazos hasta tener la precisión de los perfiles de la sierra. Pero era nuestra mamá, y su risa nos la regalaba. Jugaba, iba y venía, no parecía mujer; a veces era tan infantil como nosotros. Para hacernos felices se olvidaba de aquella horrible angustia creada en los últimos momentos de nuestra revolución. Volaba sobre sus penas, como las golondrinas que van al lugar sin retorno, y siempre dejaba a lo lejos sus problemas. ¿Nosotros? ¿El hambre? ¿Tortillas de harina, carne asada? Podíamos cerrar los ojos hasta la mañana siguiente.

Mamá: fue Usted nuestra artista; supo borrar para siempre de la vida de sus hijos la tristeza y el hambre de pan –pan que a veces no había para nadie, pero no nos hacía falta–. Usted lograba hacernos olvidar lo que para nosotros era casi un imposible.

Hoy, entre las luces de colores de las calles, rodando sobre los rieles sucios del tranvía, extiendo mi brazo hasta Usted. Es el atardecer, igual que entonces, y le digo: "Mamá, dance para mí, cante, deme su voz. Los panes de los escaparates no existen. Es mentira que los necesitemos. Quiero adorar las puntas de sus dedos. Quiero verla bordar ante mí su danza eterna. Mamá, vuelva su cabeza. Sonría como entonces, girando en el viento como amapola roja que se va deshojando."



Hicieron florecer el trigo en rimeras de tortillas.

Amor de nosotros

Las manos de sus hijos se extienden
para pedirle pan.

Había guerra, había hambre y todo lo que hay en los pueblos chicos. Nosotros sólo teníamos a Mamá. Ella sólo tenía nuestras bocas hambrientas, sin razonamientos, sin corazón. Nuestra realidad era una tortilla redonda de harina, una taza ancha de café.

Estaba sola; su compañero vivía en su recuerdo. La fuerza de su amor sostenía su cuerpo esbelto de mujer. Tenía lágrimas el pan que nos daba.

Se levantaba temprano, se iba: caminaba mucho. ¿Qué se diría Ella misma, al ir oyendo sus pisadas? ¿Qué habría en su corazón para él, que andaba con los rifles? ¡Sueños y esperanzas aprisionados en su espíritu! Sus ojos dorados dejaban cada día caer lágrimas que el viento secaba. Largo trayecto; unas calles desnudas, otras mejores; unas banquetas ingratas, un tramo de llanura, una subida, y luego aquella casa de mi tía donde nos dejó papá y donde nosotros sólo vivíamos esperando que volviera Ella. Nos asomábamos a un zaguán de lajas azules, muy lisas, para ver el puntito negro que formaba, de lejos, su cuerpo. Se abría la gloria cuando lográbamos verla venir; volvía Mamá, estaba con nosotros, tornábamos a la vida. No nos hacía cariños, no nos besaba: con sus manos nos acercaba a su corazón.

Entraba a la casa, se desanudaba el pelo, cantaba, iba y venía; casi sin fijarse nos hacía a un lado. Removía aquí, allá. Encendía un cigarro, y a veces se sentaba en la puerta a contemplar el patio y las puertas viejas de aquella casa de orillas del pueblo, triste, triste. Ponía los ojos en su derredor y se quedaba pensativa; a veces hacía girar un anillo que llevaba en la

mano, daba fumadas, fumadas, y casi entrecerraba los ojos. Entonces nosotros no le hacíamos ruido.

Oscurecía, nos sentaba a todos en derredor y nos daba lo que sus manos cocinaban para nosotros. No nos decía nada; se estaba allí, callada como una paloma herida, dócil y fina. Parecía una prisionera de nosotros –ahora sé que era nuestra cautiva–. Tomaba su libro y rezaba. No nos decía que rezáramos. Ya acostados veíamos la lumbre de su último cigarro: estrella en sus manos, nos atraía como tortilla de harina en días de hambre.

No nos contaba cuentos de hadas ni de espantos; nos contaba hechos reales: Papá Grande, San Miguel de Bocas, nuestra tierra, los hombres de la revolución, cosas de la guerra que sus ojos habían visto. Así eran sus charlas con sus hijos. Nosotros fuimos felices: ignoramos a los fantasmas. Ella así lo quiso.

Soldados. Rifles. Pan. Sol. Luna. Sus manos. Sus ojos. La lumbre de su cigarro podía ser una tortilla entre sus dedos, pero era la luz, que, como nuestra vida, se adhería a sus manos para quitarle su propia luz, así como nosotros.

Las manos rojas de los niños sanos siempre buscan el contacto con la tierra.

La tierra era nuestra compañera; con ella jugábamos bajo el sol. Aquella tierra roja como la palma de nuestras manos y nuestros talones, nos abría sus brazos y nos protegía hasta que volvía Mamá.

Con las piedras lisitas, los patoles de colores, formábamos pequeños corrales de vacas y toros. Eran nuestros ganados, así decía el mundo interior. Nuestra mente ya podía vivir de lo irreal. Tuvimos desde niños nuestros tesoros. Ahora seguimos teniéndolos en cajas de cartón desgobernadas o en roperos con espejos. Da lo mismo, son nuestros tesoros.

La tribu jugando con tierra roja, haciendo pelotas de zoquete, corralitos, casitas, sacando los relucientes patoles. "Este patol flaco y pinto es una vaquilla; estos son toros; aquí encerraremos las vacas; estos son becerros." Igual que en la vida, y no nos traicionaremos; seguiremos viviendo

en lo irreal. Cerrando los ojos, ahí lo alcanzamos todo. Por eso cerramos los ojos.

Las lentejuelas y las mazorcas de maíz son diferentes. A las lentejuelas les cae agua del cielo y se deshacen. Los granos de maíz se hacen anchos y se ofrecen a los estómagos vacíos.

Todo se acaba: las mesas, las sillas, los holanes de encaje, los pasteles, los colores de los talones de los niños sanos, los manteles, las tazas de té, los anillos, las monedas de plata y de oro, los costales de maíz. Al nacer, nada de estas mentiras traemos. Entonces, ¿por qué sufrir para obtener cosas de mentiras? ¿Por qué no cerrar los ojos y extender la mano? Nos lo enseñó Mamá.

Sabemos que Ella va a reír al ver que seguimos jugando con la tierra roja: aquí las vaquillas, acá los toros; las vacas en este rincón; las yeguas se meten corriendo por aquí...

La gente que vive de mentiras dirá "¡Pero si esas semillas son frijoles! ¡Nos los comemos en sopa!" Mas como ellos no están en nuestro mundo, nosotros no los oímos. En cambio, percibimos la sonrisa de Ella, que nos dice: "Sí, hijos; jueguen; para eso tienen a su madre (así como ella nos lo decía entonces), y si quieren quebrar las tazas, quiébrenlas."

Para Ella valía más una sonrisa que una taza; una mazorca de maíz, que una lentejuela.

Su falda

Las sombras de las calles son elegantes. Los rieles del tranvía son los brazos de los hombres, abiertos no en cruz, sino en paralelas a los pobres corazones que resbalan sobre ellos.

Fragmentarios son los recuerdos de los niños. No me acuerdo cómo ni cuándo nos cambiamos de casa. Ya estábamos en otra, donde los rieles del tranvía están clavados en él suelo frente a nosotros, brillantes, con reflejos largos en forma de puñales y haciendo una mueca que era una sonrisa despiadada si se la miraba desde la azotea.

Mamá dijo: "Son los rieles"; nosotros dijimos: "Son los rieles." Decían que del tranvía, pero el tranvía nunca pasó.

Aquí era diferente todo. Mamá ya no se levantaba temprano, ahora estaba más tiempo con nosotros.

El sol no llegaba de lleno, parecía como más elegante; había más sombras. En la sombra la gente no arrugaba tanto la cara para contestar o dar un saludo, o simplemente para decir palabras formales que no son para niños, y de las que algunas veces nos reíamos, por el tono fingido –voz de visita, decía mi voz de niña– con que se trata la gente que presume de edad, los hombres de barba y las mujeres de vestido largo.

Esta casa marcó en nuestra vida los días que la gente llaman desgraciados. Para Ella no existía eso: no se quejaba. Nosotros desconocíamos la tristeza. Todo era natural en nuestro mundo, en nuestro juego. La risa, las tortillas de harina, el café sin leche, las caídas y descalabradas, los muertos, las descargas de los rifles, los heridos, los hombres que pasaban co-

rriendo en sus caballos, los gritos de los soldados, las banderas mugrosas, las noches sin estrellas, las lunas o el mediodía: todo, todo era nuestro, porque esa era nuestra vida. Los cantos de Mamá, sus regaños y su cara preciosa eran también nuestros. Parecíamos viejitos con ojos que se arrugaban para distinguir la vida, la luz, las tazas, las puertas, los panes. Nuestras piernas flaqueaban al tratar de subir o bajar. La falda de Ella era el refugio salvador. Podía llover, tronar, caer centellas, soplar huracanes: nosotros estábamos allí, en aquella puerta gris, protegidos por Ella. Su esbelta figura, con el caer de los pliegues de su enagua, hacía que nuestros ojos vieran una mamá inolvidable.

Hoy la veo a Usted como entonces; pero los pliegues de su falda se mueven muy rápido y se la llevan lejos, lejos, donde la vida no alcanza, y donde Usted ya no puede protegernos de los relámpagos, ni de las nubes de polvo, ni del agua que azota nuestros ojos.

Una mano fina y blanca, la otra tostada y dura. Son dos manos distintas, pero pueden ser iguales.

Ignorábamos la vida de las capitales, no la conocíamos, ni en los libros, porque éramos niños que todavía no podíamos leer. Allí teníamos lo nuestro: Mamá, la sierra, los ríos, los soldados en sus caballos, las banderas danzando en sus manos, y Mamá llevando sus cabellos negros a la luz del Sol.

Podíamos ignorar las capitales, donde la gente tiene capacidad para nombrar cada acto de la vida; donde hay aparadores llenos de luces, pasteles, calcetines de seda que llevan los niños de labios marchitos y con mamás de caras pintadas y trajes de tul, que sonríen desganadamente; donde la gente camina más aprisa y no tiene tiempo de conocerse, y sufre por no tener espejos en su casa y vidrios de colores y sólo es feliz cuando logra aparentar más que los otros; donde se cree en los salones iluminados y la platea dorada, y se adoran las lentejuelas verdes, pero ignoran que allá en el campo se fortalecen los huesos y los ojos, y se dora el cuerpo con el

frío para no tener esas carnes blancuzcas que parecen vientres de pescados muertos o fetos conservados en alcohol; no viven los niños en ambientes fétidos de "soirées" caseras, donde se fuma, se bebe, y la gente carece de alientos sanos y frescos.

Estamos agradecidos a Ella. Nos hizo ignorar la ciudad justamente en el tiempo que lo necesitábamos y nos dio la vida que nuestros huesos pedían.

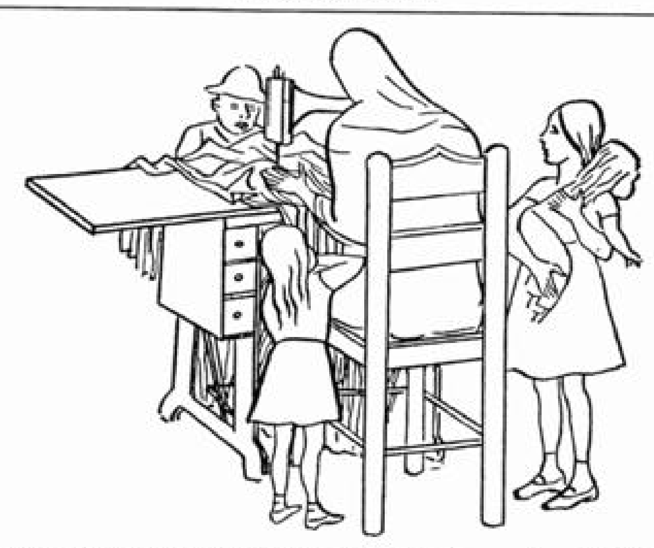
Ignorar: palabra justa, exacta, perfecta.

En esta casa fue donde aprendimos el color de las cosas y donde por primera vez vimos que Mamá tenía dos lunares grandes y uno pequeño; que sus colores eran naturales; que lo que comíamos nos lo hacía Ella misma; que nos lavaba la cabeza y nos hacía nuestras tuniquitas (los hermanos y hermanas andábamos vestidos iguales; los modelos los ideaba según los pedazos de tela que tenía); que todo, con sus manos, lo hacía Ella para nosotros: nosotros los que no éramos nada. ¡Felices trapitos aquellos, hechos con los cantos que mandaba en la noche al recuerdo de su compañero!

En nuestra casa había macetas, un retrato de Papá Grande, palomas de todos colores, dos perros –el Céfiro y la Nelly–, una puerta gris con ventanas, los durmientes y los rieles del tranvía, en la calle una tira de sol, que no desaparecía ni un solo momento, y las dos manos de Mamá, fuertes y sanas. La luz de sus ojos era nuestra vida. Ojos de mujer joven, capaces de orientarse en la noche sin estrellas. Rescató para nosotros la felicidad que hoy le debemos.

Nuestra vida en aquella puerta gris se hacía cada día más atrayente. En las mañanas, cuando hacía frío, nos poníamos sentados en nuestros cueros de res a recibir los rayos del Sol. Reíamos con los soldados. A veces se sentaban con nosotros y podíamos comprenderlos. "Ellos eran más niños y mejores"; daban su vida sonriendo y no pedían nada; nosotros no dábamos nada y lo recibíamos todo.

El ritmo de tomar la leche con camote y nuestro café con semitas, lo vino a quebrar una noticia: "Ya no teníamos papá." ¿Vinieron quiénes? No sé, imposible recordarlo. ¿A qué hora nos llevaron? ¿Fuimos en tren? ¿Por



Nuestras camisitas estaban hechas con los cantos de Mamá.

el viento? Mamá desarmó la máquina en que cosía nuestras tuniquitas, amarró los principales tornillos en un trapo y los guardó.

Ya estábamos en Chihuahua. La casa era bonita, pero no tenía sol ni aire, ese que era nuestro, porque nos lo dio la montaña, que era de Ella.

Habían desaparecido los tesoros: ni Pírala traía una sola de sus carruchas de colores. Aquello era, como dicen las personas elegantes, un salón, más bien una sala larga con piso de madera, mal oliente y vieja. Había un biombo negro con garzas bordadas de plata. ¡Qué elegante suena esto! Nuestras camisitas hechas con los cantos de Mamá, se arrugaban de humildad ante esos imponentes animales de plata. La impresión de los primeros momentos pasó en unas cuantas horas. En concreto, ¿para qué servían aquellos pajarracos estirando el pico? No podíamos utilizarlos. En cambio, en otro rincón había un banco de madera: tenía encima fierros, tornillos, cajitas, ruedas de tornos y unas barbas de ermitaño. ¡Tesoro!, dijeron nuestros ojos, y nos abalanzamos inflando las arrugas de nuestras camisas.

Pírala repartió. Él era mudo, pero nos dominaba. Se quedó con las barbas. Nuestros ojos sangraron de tristeza: queríamos las barbas. Nuestro dictador se imponía con su mirada, su cara tostada le brillaba, apretaba la

boca, bajaba las cejas, apoyaba todos los músculos sobre el mentón e imponía su voluntad. Callamos. No podíamos vivir sin él. Nos pusimos en acción. Al meternos en aquel galerón nos habían dicho: "Ahí jueguen." Es el nombre hecho por las personas serias y con barbas para la vida de los niños. Debieron decirnos: "Vivan." Nuestros problemas eran serios, grandes, magníficos. La vida de los niños, si nadie los aprisiona, es una película sin cortar. "Aquí se borra", dice una escena. "Luego aparece una ventana, un zapato." A veces la vida empieza en una sandalia, y se borra ante una puerta de aldabón dorado... Y Mamá, ¿dónde estaba? No la vimos para nada. Llorábamos pidiendo verla, y nos dormíamos olvidándola.

Nuestras investigaciones allí en el galerón, donde teníamos el banco del tesoro y el biombo negro, nuestras luchas, el llanto de no ver a Mamá, fue nuestra vida. ¿Comer? No me acuerdo; no consta en ninguna de mis escenas. Yo creo que no nos dieron tortillas de trigo.

Un día Ella apareció. Estaba en la puerta del galerón, nos veía. Su cara, expresiva, era imprecisable: ni risa, ni llanto, ni una palabra. No gritamos ni nos abalanzamos: simplemente fuimos acercándonos y nos pusimos bajo el poder de su falda. Luego dijo Ella en alta voz:

–Vengo a llevarme a mis hijos.

–No. No. No... –contestaron voces airadas.

–Vámonos, hijos –nos gritó, y echó a andar con la seguridad del que no teme y sabe que no hay ley que lo castigue por tomar lo que es suyo. Habíamos dado unos pasos de la puerta del galerón al patio.

–¡No te los llevas! –dijeron aquellas voces.

Pero nadie pudo detener aquel cuerpo esbelto que nos había dado la vida. Nosotros, rodeándola, nos dejamos llevar poco a poco hasta ver la tierra roja de la calle y quedar con Ella dentro del automóvil. ¿Camino de dónde? Nuestra vida era así. ¿Dónde? ¿Cómo? Sólo existía el poder de su falda; Ella, la flor donde como abejas estábamos adheridos nosotros; nosotros, los que bebíamos de Ella todo sin dejarle nada.

Yo no había olvidado la noche en que una señora alta, de nariz fina, me llevó de la mano sin decir nada. Puertas grandes que se abren, sonidos de cerrojos, Mamá allá en un cuarto alumbrado por un foco opaco, sentada

en una banquita dándole de mamar a su hijita. Se saludaron, la cara de Ella era dulce y tranquila; la de la hermosa señora estaba triste e insegura. Me senté en el suelo, a los pies de Mamá, viendo a una y a otra. Aquella figura, desconocida para mí, hablaba de pie y paseándose.

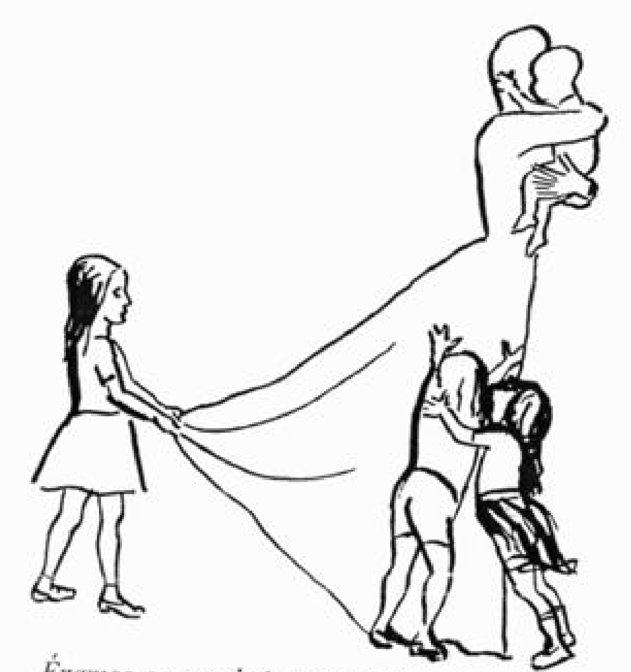
–Está todo listo para mañana –lo dijo, en tono de mucha confianza. ¿Quién es?, decía mi curiosidad–. No hay esperanza –siguió diciendo–; todo está en contra tuya, ten fe en Dios; esa gente está muy fuerte y lo que quiere es quitarte a tus hijos.

–Mis hijos son míos –dijo su limpia voz–; nadie me los quitará.

Sus voces y sus palabras daban a entender que Ella estaba en peligro. ¿Las leyes de los hombres trataban de desbaratar nuestro mundo? La hermosa mujer salió dejando estas palabras:

–Sólo Dios podrá salvarte. Ten fe.

Me dormí. Ya estoy en un tren rumbo a Parral. Ella está ahí, seria, sumisa, dándonos con amor unos pedazos de sandía.



Éramos como abejas prendidas a su cuerpo.

Su Dios

La ley de los hombres es buena cuando los débiles se ponen dentro de ella.

Aparecemos en Parral. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Se me borraba todo. ¿Viví? ¿Fui yo? Mi vida era una sobrecama de colores, sin necesidad de ser. Era por lo mismo que para los ojos de los niños las estrellas son.

Aquella tarde la vi encender un cigarro. Fue narrándole a un hombre de ojos claros y cejas negras todo aquello que yo no logré averiguar la noche que la hermosa señora habló con ella, cuando Dios apareció en las manos de Mamá.

Cuando salió mi prima –dijo Mamá–, me dejó pensando. Mi salvación la tenía Dios; entonces comprendí que estaba en mi mano. Me rompí la blusa y una manga. Esperé la mañana, y con mi hija en brazos me presenté ante mis jueces. No levanté los ojos a verlos. Oí las voces de mis enemigos. Me acusaban. Todos discutían. Mis ojos, mi corazón, mis manos estaban hechos nudo en el bultito que formábamos mi hija de un año y yo. No me moví. ¿Para qué? Mi defensa la tenía en mis manos. ¿Qué iba a decir? No lo sabía. Apenas me iba reponiendo del susto de todas aquellas palabras extrañas que decía la gente que vivía en la ciudad. Comprendí que la ley hecha por los hombres iba a ayudarme. Rápidamente me acordé de mi padre, de sus consejos: "No, mi alma, hay que estar dentro de la ley para defenderse. Los tinterillos, los huisacheros, son gente muy técnica", me había dicho él.

"¿Sólo Dios podía salvarme?" Ahora lo comprendía. Mi fe estaba en Él; por eso busqué en mí.

–Son mis hijos –dije, sin querer lastimar el ambiente elegante de la sala.

Volvieron las voces a gritar en mi contra.

Habló la ley.

–Son mis hijos –les volví a decir, con miedo de sus gritos.

Siguieron las voces grita y grita.

–Mis hijos míos, de mi carne, de mis ojos, de mi alma, sólo míos –repetí sin levantar la voz.

Las voces se elevaron. Me hacían sufrir.

Habló la ley.

Me acordé de Dios, volví mis ojos a mí, mostré mi blusa rota y dije:

–Vean aquí, ésta es la prueba.

Habló la ley: "Este es el delito" –dijo señalando con una mano prieta y gorda la rotura de mi blusa.

Las voces ya no eran voces, eran rugidos implacables.

Habló mi Dios. "La rotura es grande, se puede notar la fuerza con que fue dado el tirón".

La ley estaba representada por una cara morena de facciones innobles. Encontró la defensa contra aquellas voces, y dijo: "No hay delito, puede usted retirarse señora. Sus hijos son suyos."

Yo, dentro de mí, decía: "Cometí delito al ir por mis hijos. ¿La ley? Sí, la ley bien me ha servido. Una mentira me hundía, otra mentira me salvaba."

–Así es la ley –dijo Ella al hombre de ojos claros, dando otra y otra fumada–. A veces dice que los hijos nacidos de la propia carne no son nuestros, pero una rotura hecha a tiempo en la blusa, desbarata las ochocientas hojas donde lo afirman.

Señala una ruta: la única.

El general me dijo:

–Tengo que ver por ellos. Se han quedado sin padre por causa de la revolución.

Se dedicaba con verdadero amor a ayudar a los soldados, no importaba de qué gente fueran.

–¿Para qué levantó a esos hombres? ¿No sabía usted que son enemigos?

–Míos no lo son, son mis hermanos.

–Pero son unos salvajes. ¿Usted protege a los que asaltan?

–Para mí ni son hombres siquiera –dijo Ella, absolutamente serena–. Son como niños que necesitaron de mí y les presté mi ayuda. Si ustedes se vieran en las mismas condiciones, yo estaría con ustedes.

Insistía en hacerla creer que aquellos hombres eran unas fieras. ¡Como si fueran desconocidos! Eran soldados inmaculados de la revolución. Los bandidos estaban parados allí, gritándole a Mamá, vestidos a la inglesa y con engarces de plata en todo el cuerpo.

Nuestros muchachos, los guerreros altos, de cuerpo dorado, fueron siempre protegidos por Ella.

¿Cuántas cosas hizo en bien de ellos?

Dios lo sabe, Ella y ellos lo saben. Los que fueron son, los que lo ignoran, no eran, y no haber sido es como no ser; porque así son estos negocios que el alma gira: no siendo cuando se debe haber sido, es no ser cuando no hay necesidad de ser.

Era 6 de enero, día de Reyes. Nosotros ignorábamos a los Reyes, pero ese día fue el de Reyes.

Fue al mediodía. Se oyó un balazo grande, retumbó toda la calle, se estremecieron las casas. El brazo de mi hermanito, hecho trizas, apareció arrastrado por un cuerpo ennegrecido: su cara y su ropa destrozadas, renegridas. El plomo se le incrustó en todas partes. Corrió llevando su carne rota ante Mamá. Primero caminaron una cuadra: iban a buscar un médico. Luego se devolvieron, porque ya no pudieron seguir: el niño se moría. Ella, enloquecida, iba y venía. Se le moría su hijo. Le gritaba a Dios, le pedía a la Virgen, lloraba.

Se lo llevaron al hospital; no lo vimos hasta ocho días después. Mamá estaba constantemente en su cabecera; parecía como si Ella hubiera perdido el brazo.

Había monjas en el hospital, y decían que mi hermano, siendo mudo, era para ellas un santito.

Traía un mandil blanco como túnica y siempre se le miraba allí metido en el precioso jardín que las monjas del hospital del Sagrado Corazón de Jesús tenían. Su figura realmente era de un aprendiz de santo; tenía los ojos tristes y miraba las flores como las mira el que ha olido pólvora hasta ahogarse. En su cabeza, rapada, brillante, el sol se detenía en reflejos. Pero ya no tenía más que una mano y los santos siempre tienen dos. Cuando se alivió, sonreía. No echaba de menos su mano. Nos dijo a señas que ya no volvería a jugar con balines.

Ella había juntado los deditos de su hijo y los tenía guardados en un frasco de alcohol donde nadaban como pececillos contentos, seguramente contentos de no acompañar a mi hermano hasta el fin de su vida.

Nosotros, los combates, los sustos, íbamos matándole su preciosa juventud.

Un día, no sé ni en qué momento, subimos al tren para ir a Chihuahua: Mamá, Gloriecita y yo.

Aparecimos en un hospital grande, con mucha luz y muchas caras que se despedían del sol. Allí se podía morir más a gusto: nadie llora, no hay velas. Entra el brillo del Sol y el aire de las montañas. ¡Qué bien estaba aquello! Olía mucho, para mí era nuevo; después supe que era el olor de todos los hospitales.

Sus pasos se oyeron seguidos y ligeros. Buscó con los ojos en el grupo de camas que le habían señalado.

Mi hermano de 13 años, el mayor de todos, que se fue a la revolución contra los carrancistas, estaba tranquilo y sin ningún remordimiento por el sufrimiento de Mamá.

Ella, con su niña en brazos, le preguntó a su hijo por la herida. "¿Sanaría en dos meses? ¿En tres?"

Gloriecita quería llorar. Para que jugara, el herido de junto le dio un reloj. ¿Jugar? Lo estrelló con su bracito de un año contra el piso de cemento. Todos se rieron. El herido dijo que para eso era, que sólo la vida había que cuidar. Gloriecita –ojitos azules de salvaje– pedía ahora los pedazos. Se los quería comer.

No sé cómo nos vinimos. Se descarriló el tren: muchos carros se subieron sobre la máquina, que quedó intacta, enterrada con toda la tropa debajo de lo que había sido la vía. Los carros se habían desgranado.

¡Terrible cosa! Mis ojos estaban acostumbrados a ver morir con plomo caliente, hecho pedacitos dentro del cuerpo.

A una mujer la depositaron en sus propias enaguas y la amarraron como bulto de ropa. A un jovencito lo pusieron cuidadosamente a un lado de la vía. No se le veía un solo golpe, estaba pálido, con los ojos abiertos. Yo me pregunté por qué miraría así; parecía vivo. Le echaron un puño de tierra y se le borró la mirada.

Entre aquello nos guiaba Ella; nosotros, los pequeños inútiles, su carga constante, íbamos siempre junto a su falda.



La luz de la linterna llevaba nuestra vida en su ritmo.

Un hombre con una linterna le dijo que para llegar a una estación donde pudiéramos tomar café y dormir había que pasar el puente de Ortiz; que el río venía crecido; que había peligro; que podía venir una máquina a dar auxilio; que él podía acompañarla si Ella se decidía a ir.

El puente de Ortiz es largo, largo. Por debajo pasa el río Conchos, que es como un mar. El puente no es para que pase la gente a pie. Los durmientes no están muy juntos, los pasos no deben darse en falso.

Por toda contestación, Ella le puso los bultos en los hombros. Aseguraron la mecha de la linterna. Tomó a mi hermanita en sus brazos, me cogió de la mano: entramos por el puente. Ande, ande, ande... La luz de la linterna se balanceaba. Llevaba nuestra vida en su ritmo. La mechita de petróleo se alargaba. EL hombre iba en su trabajo, pero su vida era su vida y también se la estaba jugando. Nuestros pies, nuestros ojos, el equilibrio, el corazón, se balanceaban en el abismo. Ahora sé lo grande que era el poder de su falda y el poder de sus manos.

Íbamos a llegar. Allí había casas, tomaríamos café, olvidaríamos los ojos borrados con tierra y la mujer en sus enaguas. ¿Cuánto tiempo estuvimos pasando aquel puente? Fue un siglo de terror hecho nudo en el corazón. El café bajó por nuestros cuerpos y bañó nuestros pies, reprochándoles su miedo. La voz de Ella cortó mis insignificantes meditaciones egoístas.

–Mi hijo llegará el miércoles –dijo con entonación de tristeza–, la vía estará reparada. Sí, pasará bien... Las bendiciones de su madre le han de alcanzar –exclamó dirigiendo una mirada a los largos rieles por donde habíamos conquistado la vida.

Ella ignoraba esto; sólo conocía su gran cariño por el soldado que se quedó en el hospital sostenido por el amor con que Ella lo arropó.

¿El puente? ¿Mi miedo? No le daba importancia. Sólo dijo: "Hay que hacer aprisa las cosas. Así no se siente temor."

Un villista como hubo muchos

Una noche llegó a verla un oficial vestido de blanco, de cara pálida y bigotito negro. Era verano, la luna hablaba con ensoñación, atraía los recuerdos y se dejaba besar por Ella. Era su costumbre: encantarse, y fascinada permanecer horas y horas contemplándola.

–Me llamo Rafael Galán –dijo el oficial, sonriente, con la forja en la mano–. Vengo a platicar con usted. ¿Me lo permite? La luna invita a detenerse aquí, en esta puerta, donde una mujer se adormece con un cigarrillo en los labios. Mire la luna. Piense en su primer novio. Usted ha amado. Todos amamos, aunque sea un imposible.

–En la revolución la vida nos hace amar una niña en cada pueblo. Son de ojos tímidos. A veces las tenemos que destrozar para que no nos destrocen ellas; pero yo amo en la mujer una joven, una madre, una niña.

–Esta noche es de nardos. Se me antoja esa flor. *Orita* vengo –dijo nervioso y sonriente, y su figura ágil se movió como un reflejo en la oscuridad. Ella lo siguió con la mirada hasta que la calle, angosta y triste, se lo tragó a lo lejos.

Pasó un cigarro, tal vez otro, cuando un tropel de caballos golpeó el suelo. Por en medio de la calle venía el capitán rodeado de sus soldados: Rafael Galán, aquel oficial que sabía echar balazos y ganar barras para su sombrero y corazones para sus recuerdos. Traía una brazada de nardos, la calle se llenó de perfume: los bajó y se los entregó.

–Esta virginal flor fue creada para coronar a la mujer, yo quiero esta noche coronarla a usted –dijo tristemente, quitándose el sombrero–. Vamos a salir hoy. Tenemos que atacar Santa Bárbara; yo quiero esperar la salida aquí platicando. ¿Usted me dejará? Fumaré, admiraré a las mujeres

que, como usted, son el orgullo de los hombres como yo, nacidos en estos llanos norteños.

Ella, la que sufría con sus hijos y soñaba en las noches de luna con el amor por su compañero muerto, lo oía extasiada. Las mujeres se dejan amar y aman a los hombres que son así.

Hablaron de la familia de él, su mamá, que vivía en Santa Bárbara, donde él iba a pelear esa madrugada. Había órdenes de empezar el ataque a las cinco de la mañana.

Rafael Galán, nardos, pedazos de luna, sentado en la puerta gris, ante una mujer, le narra toda su vida y le deja todas las bellezas y delicados perfiles de su yo, el yo que era para las mujeres y que él no utilizaba para echar balazos.

Le habló de sus amores felices. Un hombre así siempre tiene amores felices. Sonreía a la vida como hacen los señores capitanes de los cuentos.

La luna, como las vidas jóvenes de los hombres fuertes, no decaía. Sólo se quebró al desembocar por la gloriosa calle otros hombres a caballo. Llegando a él le dijeron: "Mi capitán, ya es la salida".

–"Sí –dijo él–, ya es la salida –y movía la cabeza. No se quería ir.

–¡Qué caray! –dijo–, ya me tengo que ir; pero esta luna, esta noche... ¡Qué bonita luna! Tengo que irme, pero volveré: tengo que volver. No me despido, vengo para decirle adiós por última vez.

Y se fue, como lo hacen los capitanes jóvenes cuando van a buscar la muerte abrazando su destino.

Había mucho movimiento. Estaban acuartelados los villistas a dos cuadras de ahí. Tropeles por aquí y por allá. Arrendaban caballos, pasaban corriendo. De repente el capitán se detuvo frente a la casa. "Ahora sí, adiós." Se había bajado del caballo. Le dijo a Ella: "Pero antes de que me vaya quiero pedirle un favor: ¿me permite abrazarla?" Ella lo despidió con un abrazo. Él le besó la mano.

Ya iba a montarse, cuando rápidamente se devolvió y le besó la punta de su vestido. Se montó ágil y se alejó como sólo podía hacerlo Rafael Galán.

A las tres horas el primer balazo de una avanzada alcanzó en la frente a Rafael. Murió al instante.

Así fueron sus últimos momentos. Se había despedido de lo que él más amó. Pero la forma blanca del oficial romántico se quedó allí, en la puerta gris, donde él se despidió de la vida.

Capitán, fue usted un gentil hombre con mi madre. Los nardos y las noches de luna son de usted.

Ella y la máquina

Estaba cantando; siempre que cosía se alegraba. El ruido de la máquina, con su canto de fierros, era en la noche la única verdad de dos seres: Ella cantando al ritmo de la máquina; la máquina, una niña de acero entre sus manos, dejándose llevar por Ella y por sus cantos.

Yo estaba a su lado. Si Ella no tenía sueño, yo no lo tenía; si cantaba, cantaba yo.

A veces me quedaba viendo su perfil: una nariz fina, media boca, el lado izquierdo de su rostro, su pelo echado atrás, su frente limpia (nunca la vi hacerse un rizo). Perfil de mujer fuerte, sana, cuadraba con los perfiles de la máquina. Sus manos se movían. La máquina nos regalaba bastillas. Nosotros las necesitábamos.

Yo pensaba: "Mamá es muy bonita", y corrían mis ojos de la punta de su nariz a su boca, y a sus ojos. Sus cejas se movían cuando levantaba la voz para cantar. Yo iba detrás de Ella, pero mi voz no llegaba. Entonces me quedaba viéndola, muda de admiración. ¡Se veía tan bien, me parecía tan hermosa, que no la comparaba con vírgenes, no con ángeles, la comparaba con Ella misma!

Algunas de estas noches, casi siempre, de un balacito nacían tres, ocho, veinte, quinientos: una lluvia de balas. Comenzaba el combate y al rato seguían las coconas. Cuando funcionaba un cañón grande era un ruido que a mí me parecía como que se abría la boca del cielo del lado del camposanto. Me estremecía de tristeza; las casas me las imaginaba desmoronadas. Mamá dejaba de coser, su cara se ponía en acción de buscar. "¿Quiénes? ¿Quiénes?", decían sus ojos. Mencionaba nombres. "¿Estarán dormidos? ¿Ya habrán oído los balazos?" se decía sola. "Que no los agarren, que no los agarren..."

Algunas veces, ya los balazos entre las casas, salía corriendo a salvar a la gente querida. La máquina, muñeca tosca, se quedaba abandonada; las bastillas arrugadas estrangulaban a veces la rueda, brillante como anillo de estrellas. La aguja mordía despiadada las puntas de aquellos pedazos de tela. ¿Qué era el pobre sonido de aquella máquina junto a las voces del cañón? Nada, inútil moverla. Me daba risa oírla junto al canto del cañón.

¡Pobrecita máquina que nos regalaba bastillas mientras el cañón nos regalaba muertos, muchos muertos! Nuestras calles quedaban sembradas con aquellos cuerpos fuertes y jóvenes, tirados en el suelo sobre las bastillas que sus mamás les habían puesto en sus camisas. ¿Para qué les servían? ¿Para qué se las pusieron?

"¿Cuántos kilos de carne harían en total? ¿Cuántos ojos y pensamientos? Y todo estaba muerto en aquellos hombres." Esto decía mi mente de niña precoz. Si los hombres supieran que inspiran lástima en su última posición, no se dejarían matar. "¿Cuántas lenguas? ¿Cuántos ojos?"

Nuestra máquina lo ignoraba, a pesar de su aspecto brillante. ¿Qué sabía de este espectáculo de mis ojos de niña? Nos daría bastillas, sonaría; volverían las manos de Mamá a moverla y sus cantos a seguir las mordidas de la aguja sobre la manta trigueña. Pero de esto, a contemplar el número de ojos, y mejillas, y dedos, estaba muy lejos. Volvería ella a cantar, volverían los balazos y volvería yo a ver jóvenes muertos de brazos extendidos y estáticos, y de bocas abiertas, donde las moscas cantaban. Hombres fuertes tirados allí para regalo de mis ojos, apretando entre los dedos las bastillas que sus mamás les pusieron en la orilla de sus ropas deslavadas. Pero nuestra máquina se quedaría en el rincón sin saber nada de esto, y sólo regalándonos remiendos. Mis jóvenes muertos eran mejores para mis ojos ágiles.

Las barajas de Jacinto

Quedó solo Parral, y cuando se quedaban solas las calles era cuando los perros lloraban a sus dueños. Una desesperación salvaje se apoderaba de ellos. (Los perros pueden aullar en las calles con todo lo que su pulmón les da; son más libres que la gente, deben ser más felices). Sus ojos polvosos, lacrimosos, buscan los ojos de la gente... Preguntan, se relamen el hocico, piden a sus dueños. Su desesperación –falta de razonamientos y limpia– quiere ver las caras queridas.

Volvieron unos cuantos de perseguir a Villa. Venían derrotados. Entonces quedó como jefe de las armas Jacinto Hernández, hermano de Petronilo, y volvía la plaza a quedar casi sola, pues aquél era lo que se dice un puño de hombres. Estos Hernández eran de Río Florido. Ella los conocía muy bien. Habían sido de la gente de Urbina, pero hoy eran carrancistas. En el puente de Guanajuato estaba tirado el Güero; tenía media cabeza arrancada y encogido el cuerpo; casi juntos los brazos, como agarrándose el estómago. Jacinto fue a caer al lado izquierdo del puente, yendo de aquí para allá. Testereando –contaban– había dado sus últimos pasos, como cuando, niño de un año, empezaba a andar. Torpemente alcanzaría un pedazo de tabla, pero un pedazo grande de su cabeza ya lo había dejado atrás, tirado como algo que se abandona porque ya no se necesita, y se vuelve un estorbo. Se arrugó blandamente. Había ido soltando sus pensamientos sobre las tablas rojas donde hizo su última danza, y de pronto, su carne morena, arrugada por los balazos, se extendió de largo a largo. Jacinto se quedó dando un abrazo al cielo.

Estaban jugando a la baraja en una casa, por la estación. La sota y el caballo, el as, los albures, fueron interrumpidos. Jacinto escuchó unos balazos. "¡Mis muchachos!", dijo, y rápidamente salió. Su segundo se fue

acompañándolo. Al llegar al puente de Guanajuato oyeron el "quién vive", y Jacinto contestó: "Brigada Morelos". Inmediatamente salieron sobre ellos balazos de los dos lados del puente. Los muchachos villistas le contaron a Ella que Jacinto había logrado caminar de un lado a otro del puente.

A Jacinto se le acabó la memoria en los momentos en que el siete de espadas y la sota de copas, o bien el caballo de bastos, estaban dentro de su pequeño horizonte de soldado inculto. Los soldados villistas hicieron blanco en tres barajas atravesadas en la cabeza del pobre Jacinto.

Los perros seguían aullando allá donde la vida se descomponía en un grito. A veces, en su carrera loca, con el cuerpo encogido y los ojos rojos por el llanto, encontraban a sus amos, a sus queridos y pequeños dioses, que estaban allí tirados, con el cuerpo lleno de agujeros por donde manaba sangre, sangre que los canes lamían poco a poco, rítmicamente, con esa suavidad, con esa esperanza que ellos ponen, en espera de que pronto se moverían los cuerpos y les tocarían su cabecita. En vano esperan, en vano lamen. El carro de basura llega, o el petróleo, o un rico ataúd. Los Céfiros, los Júpiter, los Togos, siguen aullando. Sus pulmones se acaban poco a poco. Sus ojos inocentes también se cierran: no volverán a llorar.

A veces los perros y los niños son iguales. Pero los perros no cambian. La desesperación limpia, el verdadero amor, la adoración, están en sus ojos.

Jacinto Hernández, con su pantalón de charro negro ajustado a sus piernas rectas y fuertes, se quedó abierto de brazos en el puente rojo un día que le pegaron el "quién vive", y que caminó testereando como niño que da los primeros pasos.



Jacinto
él contestó "Brigada Morelos".

La Plaza de las Lilas

Jiménez es un pueblecito polvoso. Las calles parecen tripas hambrientas. Sus focos hacen un canto triste a los ojos, cuando en la noche lacrimosa besan las caras. Caras no tristes, no decididas, sino borradas como en los retratos de las sesiones espiritas.

Este pueblo tiene en su recuerdo la danza de las tropas que hicieron la revolución.

Frente a la Plaza de las Lilas, en una casona blanca de paredes encaladas y patio ancho, está Ella y tres voces de hombres que se oyen. Canto sentimental en noche oscura, rendijas de luces anémicas, un fuerte perfume que no tiene razón de ser, donde la muerte impera y las vírgenes no quieren oír los ruegos y rezos de quienes presienten su fin. Las irresponsables lilas, colgando de árboles solitarios, cumplen su misión.

Emilio, el prieto y el elegante oficial de cara fea, estaba borracho de tristeza. (El romanticismo era otro enemigo, el más peligroso. Generalmente los que preferían el perfume de las flores y los cantos de amor, morían con más rapidez que los otros, porque ya estaban envenenados.) "Valentina, Valentina, yo te quisiera decir", sonaba su voz pegando en las paredes y dejando un eco que Ella repetía entre dientes, comiéndose la melodía y fumando un cigarro, puestos los ojos a lo lejos, donde mi pequeña vida no alcanzaba. "Si me han de matar mañana, que me maten de una vez..."

Terminaron las notas y la guitarra sonó tres ratitos más. Ella volteó como hipnotizada por el sonido de las cuerdas y se quedó mirando los bultos negros de tres hombres borrachos de sentimiento amoroso. Se fue acercando Emilio. Este hombre tenía el aspecto planchado y lavado. Saludó tristemente, como sólo lo hacen los que saben que están enamorados y

que no son soldados, los que nacieron para decorar aparadores, pero no para desafiar la muerte.

Y, sin embargo, lo fusilaron, quién sabe por qué, una noche de lluvia, de no sé qué año, ni qué día. La voz de Emilio García Hernández no se volvió a oír. Fue cierta su canción. Su cara prieta se pudría debajo de la tierra un mes después de aquella noche en que su canto no llegó al corazón de Valentina.

Era en la mañana. Jiménez, con su tierra triste y los filos empolvados de sus casas, sus arbolitos, las bancas de su plaza, haría un saludo tímido que los ojos de Ella comprenderían sin fijarse en el polvo blancuzco delatado por el sol. No así la Plaza de las Lilas, silenciosa y perfumada, sitio de amor, lugar donde la vida es un beso mal dado y un sueño que no se realiza.

¡Jiménez, pequeño lugar triste! Ella vivió allí y soñó, perfumando sus manos y sus cabellos negros con el rincón de las lilas.

Aquella mañana, con Gloriecita en los brazos, atravesó las calles, chicas y polvosas, y se fue a ver al jefe de las armas. Un hombre muy malo; estaba sentado en una silla. Su cara era dura, angulosa, los ojos vidriosos, la nariz roja, con poros grasosos y abiertos y el bigote ralo, caído. Cuando estaba sentado así, frente a un escritorio amarillo y elegante, era muy correcto, casi bueno, y se sonreía.

–He venido a llevarme a mi hijo –dijo Ella–. Es un niño. No quiero que lo maten tan chico. Esperen a que sea hombre.

Él se rió, le temblaron los bigotes, se meció en la silla y mandó una orden para que el niño le fuera entregado. Le decían Mascota, pero era hijo de Mamá, y Mamá sabía que las flores valen más que los diamantes, y quería a su hijo como las mujeres de la sierra quieren a sus flores.

Allí, en la Plaza de las Lilas, entrecerrando los ojos, extendía sus sueños como una niña que tiende sus muñecas para empezar a moverlas. Ella jugaba, y sus pensamientos los llevaba en derredor de los árboles, salpicados de sangre en el tronco y cubiertos de flores en la copa.

Lilas de la plaza destrozada por las granadas enemigas, chorreantes de perfume en sus hojas y de sangre en su tronco, siguen allá, en el pueblo

polvoso que se llama Jiménez, perfumando los cabellos de Mamá, que todavía flotan trenzados en sombras caídas al suelo, donde cayó aquel hombre que Maclovio mandó fusilar con las manos amarradas por detrás. ¿Quién era? Sólo sé que fue en la Plaza de las Lilas, una mañana que Mamá estaba allí, absorta en sus sueños. ¿Las once de la mañana? ¿Las doce? El hombre tenía el cabello negro revuelto, los ojos colorados; todo él estaba polvoso, sus pestañas casi blancas. Lo arrimaron a un rincón donde la humedad hacía sombras en la tierra. Sus ojos vidriosos se movían de un lado a otro. Todo él revelaba dispersión. Pocos segundos después las balas lograrían deshacer eso que él no lograba borrar de su memoria. Cayó ahí donde ya otros habían caído.

Los sueños de Mamá también cayeron. En la Plaza de las Lilas todo danza en la copa de los árboles y las noches siguen llenas de perfumes y de sueños.

Cuando llegamos a una capital

Las calles de Chihuahua, largas y tristes, nos recibieron abiertas de brazos. Brazos fuertes que devoran. Ojos indiferentes que matan, que empequeñecen el espíritu. Los perfiles de la ciudad hostil nos estremecieron. Las estatuas de bronce dijeron: "Irreales, váyanse a la montaña." Y aquellos monos de fierro extendían su brazo. "¡Váyanse!" Y como son de metal, siguen allí en pie, señalando la montaña.

Una casa fea en una calle ancha, un pedazo de cielo en el patio. Un número que dice 25 y chiflones de aire que azotan el cuerpo y entran hasta los rincones.

Afuera las caras de la gente tienen tristeza, ojos apagados, bocas apretadas. Amarga ciudad, admitida en pesadilla para los que han tenido la desgracia de caer allí. Roba el ímpetu, achica el espíritu, aplasta la potencia cerebral. Lo mejor está afuera, en la sierra, donde las personas son claras como niños grandes, con sueños transparentes, y sencillas, buenas, libres, bellas, ágiles y fuertes como berrendos que cruzan el desierto y trepan los peñascos balanceando su cuerpo en los relices.

Bella raza de las llanuras de Chihuahua: me gustan, los admiro, al igual que a los tarahumaras, indios antiguos, pacíficos, sensibles, artistas, exponentes de una vida noble, resignados por naturaleza, aunque sin la civilización de los blancos. Llevan su conformidad hasta ignorar el dinero y sólo conocen la sonrisa de la gente.

Es el mes de diciembre. Nuestra tribu al calor de las brasas. Como su mundo está allí, no le importan las caras y las calles feas. Ella tiene en sus brazos un angelote rubio de ojos azules y espaldas fuertes, verdadero ejemplar de una raza de ascendencia guerrera, que hoy, convertida en tribu sentimental, vive en una calle que se llama 25.

Mis hermanos iban a la escuela, torcían la voz cuando hablaban, chocanteaban las letras aprendidas, hacían garabatos, se mojaban al sacarle la punta al lápiz y hacían mucho ruido con los cristalinos líquidos infantiles. "¡Ah, chocantes!", dije en voz alta. Ahí fue donde comencé a separarme de su amistad; dudé de su rebeldía, me habían hecho una gran traición. Mi soledad era absoluta. Las peñas, los cerros, las huertas eran mi refugio. Yo no quería escuela. ¿Por qué habría yo de estar frente a gente regañona? Allí sólo se va a sufrir, a distinguir clases, a aguantar la enfermedad de algunos maestros; una señorita histérica o diabética, o un señor enfermo del hígado, de los riñones, de la boca. No, no, no. ¿Estos seres enfermos son los que tienen que formar el espíritu de los niños? No, no. Pero en realidad yo no sabía por qué no me gustaba la escuela. Me defendí para no ir y Ella no me obligó. Mis hermanos quisieron escuela, libros, primera comunión, y les fue dado. Indudablemente que todas estas mentiras las sacaban por estar allí, en la escuela, revueltos con muchachos que tienen manías de viejitos.

Vi a muchas niñas que hacían el mes de María. Llevaban velos en la cabeza, en las manos flores, rosario, todo lo que se lleva a la iglesia, y jamás se me ocurrió hacer lo mismo. También tenía miedo a que me llevaran a la iglesia. ¿Confesarme? ¿Hacer mi primera comunión? "No y no", decía moviendo los hombros y apretando los dientes. Tampoco me obligó Ella.

Mi carácter necesitaba la libertad, y como lo sabía Ella, me dejó. Un día doña Isabel, una tía mía, me enseñó a leer. Quise hacerlo y no me costó trabajo. Aprendí a escribir. Supe todo. Mi tía era una dama muy seria, con dientes bonitos y blancos. Todo lo que supe entonces, mi tía me lo enseñó.

Ella era feliz al ver los adelantos de sus hijos, y también lo fue cuando yo le presentaba mi cara colorada y pecosa y le demostraba mis habilidades sobre el lomo de los caballos. ¡La facilidad con que lo aprendía todo sin estar horas y horas sentada en una banca dura y con la espalda encorvada! A veces, al sentir las pezuñas de un caballo que pasaba corriendo, decía Ella: "Esa es la chirota de mi hija. Es una comanche verdadera. Si mi padre la viera estaría orgulloso de ella."

Los otros hijos leían, hacían números, se amontonaban junto a la luz como verdaderas mariposas. Yo no estaba con ellos. Me hacía reflexiones bien sencillas. Siempre preferí los pies fuertes y las piernas ágiles. ¿Riñones infantiles sacrificados en las fatídicas bancas de la escuela?

Verdad es que el carácter y el cuerpo formados dentro de la vida pura y falta de pasteles me gustan más. Un niño sano y fuerte que no sabe leer es mejor que otro enfermizo y sabio. ¡Es tan fácil cultivar a un niño sano y tan difícil enderezar una espina dorsal torcida!



Pero ella no lo creía.

El angelote crecía. Mamá veía cómo aquellas piernas de nueve meses daban sus primeros pasos. Sus pies se hicieron fuertes, corrían y podían gastar la puntera de las sandalias. Gritaba, articulaba palabras. Se abría de brazos y caía riendo en su regazo.

Con su voz mal hecha todavía, pidió pistola, caballo, bicicleta, y decía: "Mato... tola mía... home... cacha… Queta voy calle, Allo mío... Echa Mamá Lala mía. Ume coco meme tío Moya... Mamá mía. Mano ucho, ona, mula ega... Mana ten." Sus medias palabras llenaban los rincones de la casa. La tristeza, la aridez, las penas, todo se esfumaba con su charla. Iba y venía, emborronaba papeles. Manejaba el velocípedo, se ponía su pistola, y siempre su voz: diálogo constante llevado por toda la casa y alumbrando nuestras caras, ansiosas de sus pequeños ademanes.

Un día, meciéndose en la hoja de una puerta, le dijo a su mamá Lala que él se iba... "Voy... ucho camino... Lala mía voy." Tres días más y se fue.

Ella enloqueció... Se nos moría... Sus ojos se secaban... No podía vivir. En las noches se iba al panteón. Allí se estaba. A las seis de la mañana volvía desconsolada, triste, llorosa. No comía, no dormía y suplicaba morir.

La Virgen de la Soledad, dama vestida de largo, tapada con un manto solemne, sus manos aristocráticamente recogidas para sujetar por la punta un pañuelo de encajes, y sobre su cabeza un resplandor que venía a hacerle más doliente el rostro, fue a dar a media calle, en pedazos su cara afligida. La Dama de la Soledad no supo cortar, con su poder infinito, la pulmonía que partió las espaldas fuertes del niño.

El reloj fue a estrellarse contra el suelo. Había marcado la hora exacta de la partida.

El angelote rubio se había acabado. Ella no lo quería creer. Pero ¿y su vocecita?, ¿y sus pequeñas pisadas, que llevaban y traían las palabras cortadas? Era cierto. No estaba allí. Pero Ella no lo creía y se iba a la tumba las noches oscuras, y allí se estaba velando por el hijo que se había llevado la felicidad.

Pasaron los meses. Viendo que no retornaba, a pesar de que, como dueña que era de nuestras vidas, las ofrecía en montón a cambio de la de aquel niño que borró la alegría de nuestra casa, pidió morir.

Sus manos, en ademán enérgico, rechazaban la vida.

Era septiembre. Cohetes, colorines, gorras, papeles, pólvora, alcohol, gritos...

Ella, como siempre, apresuró el paso para ir junto al que más la necesitara. Su mirada la puso lejos, lejos...

No la cubrieron de flores. Le cruzaron las manos, le alumbraron la cara con ceras.

Su sonrisa de niña tímida, el gesto de su cuerpo, todo en Ella parecía pedir perdón a la vida.

Ella se fue...

No le escribo nada que tenga sombra; Usted quiere que vayamos alegremente rimando nuestros pasos hasta el lugar donde Usted espera.

Hoy es el día, son las seis de la tarde, él la llamó y Usted fue a un cielo, conocido por los dos.

Quería Usted irse, se entiende. ¡Qué extraño parece, pero qué claro! Grandes deseos de irse, Madre, y al ver que la vida se prolongaba en segundos, apagó sus ojos, ansiosa de no sentirla.

Nos heredó sus risas, nos heredó su alegría; por eso hoy, cerrando los ojos, la vemos y reímos con Usted como en aquellos momentos de tristeza que Usted nos enseñó.

La tarde, roja, se prolongaba en las venas de sus manos.

Carta para usted

Se la envío al viento, junto al cielo, allá donde Usted vive y de donde ve cómo esperamos que sus manos se desprendan algún día para adorarla.

Aquí, Mamá, comienza un mes de otoño; Usted está allá al pie de la sierra esperando volver al lugar donde estaba su estrella. Al precioso lugar que señaló. Siguiendo su mano, aquí estamos todavía con los ojos fijos en Usted. Los hilos de venas entre las manos se juntan por Usted. Las sonrisas claras, verdaderas, son por Usted. Y así todas las cosas que florecen para nosotros: son por Usted. La vida le dio el dolor de nosotros quitándole todo, pero hoy tratamos de realizar lo que Usted hubiera querido. Y volvemos a cada instante para buscarla. La luz del entendimiento se retarda y surge el dolor, el dolor de lo que se adivina.

Un panteón allá lejos, una sierra azul y gris, una tumba sin flores. Usted allí esperando que las manos de sus hijos lleguen a remover la tierra donde descansaron sus ojos para siempre. La tierra que oprime sus queridos huesos florece y Usted viene en dirección a nosotros.

Llega Usted y nuestra esperanza se sostiene en su reflejo. La queremos aquí, vuelva, Mamá:

Si Usted volviera, sus últimos zapatos de raso, sus medias, las dos cucharitas que usaron sus labios, su manojito de cartas, las migajitas de pan, todo lo que Usted dejó lo encontraría igual; nuestros corazones no han cambiado en nada frente a Usted.

Un corazón hecho por su compañero, y que adornó su cuello, aquí está esperando que vengan sus manos a moverlo.

La caja blanca de sus alfileres, donde están sus nardos, sus dalias y horquillas, donde están las últimas sonrisas de sus ojos castaños y sencillos, que hoy, allá lejos, ya serán cenizas, también le esperan.

Recuerdo sus manos, sus valientes manos, las que nacieron para darnos y señalar; sus manos de mujer, sus compañeras, sus mejores camaradas. Nos inclinamos a rezar:

Son las que nos levantaron y nos enseñaron el camino. El mejor, el que va derecho, a través de la nieve, los cerros, las canteras, el lodo, los ríos azules, las chozas mugrosas y los camposantos.

Son las que nos entregaron a la vida. Son las que trenzaron nuestro cabello, las que lavaron nuestra cara y nos secaron los ojos.

Son las que hicieron la señal de la cruz en nuestra frente y las que hicieron florecer el trigo en racimos de tortillas. Era adorable, dulce el movimiento de sus manos: semejaban la caída de las flores en las aguas que bajan de la montaña. Como las palomas llegando al lugar donde florecieron sus alas, así eran sus manos, lo juro por los cabellos flexibles de su adorable cabeza. Por las nubes que riman frente al movimiento del Sol. Por el ir y venir de mi corazón y todos los perfiles e imágenes sagrados que guarda la gente de mi pueblo.

Tan blanca, tan suave, tan perfecta.

Mamá, vuelva la cara, véanos, sonría, extienda sus manos...

Era esbelta como las flores de la sierra...

Sus ojos, las espigas doradas;

Sus manos, los granos de trigo apretados...

Sus lágrimas...

Su falda en el viento danza, danza...

Allá está en el horizonte, sin volver la cara.

Es puesta de Sol en el Norte... Tarde roja, prolongada en las venas de sus manos, las que rompieron la blusa para encontrar su dios...